

## **En qué consiste, qué es el nacimiento**

**Consuelo Ruiz Vélez-Frías** Comadrona

El nacimiento es un hecho maravilloso que se produce espontánea y perfectamente, es el comienzo de una vida libre, independiente, de cualquier vida, animal o vegetal y sobre el cual, igual que ocurre con su antítesis, la muerte, la voluntad humana tiene bastante limitada la libre disposición de ambas. En la Creación existen seres vivos y materias inertes, cosas a nuestro alcance y otras que escapan a nuestro control. La razón humana induce a pensar que todo lo creado debe obedecer a un programa, a un plan, que todo debe haber sido creado para algo, que debe haber un fin práctico para cada cosa sobre todo para las cosas que se hacen solas, que nadie las fabrica y que suelen ser muy superiores a las manufacturadas.

Hace un par de días reparé que en un tiesto vacío de la terraza habían salido dos hojitas tiesas y pimpantes, preciosas, pregunté que eran y mi amiga Sofía me respondió que eran hojas de naranjo, que ella había metido en la tierra una pipa de naranja "a ver si salía algo". Suponiendo que esas dos hojitas crezcan, se multipliquen y sean capaces de convertirse en un naranjo, no se puede decir que haya sido Sofía a crearlo. Sofía ha sido sólo el agente que facilitó a la pipa de naranja las condiciones que necesitaba, tierra, agua, aire y sol para que de una simple pipa pudiera desarrollar la energía, el poder, que tenía dentro para, tomando los materiales de la tierra y del agua, de poder autofabricarse, de momento, dos hojitas. Pero no es así, tan fácil, fabricar un árbol, yo he metido, a veces semillas en tiestos y unas han salido y otras, no.

El nacimiento de un ser humano es, también la consecuencia de depositar una semilla humana, el espermatozoo, dentro del útero, un órgano femenino especialmente fabricado como para servir de tiesto esa semilla humana que debe completarse con el otro gameto, el óvulo, formado, crecido y madurado en los ovarios. Yo me inclino a creer que en la reproducción todo esta programado de antemano, porque ni el óvulo ni el espermatozoo sirven por sí solos para formar un nuevo ser. Primero tienen que madurar, que perder ambos, la mitad de los cromosomas contenidos en su núcleo. El óvulo tiene que crecer, llegando a ser 200 veces mayor que su tamaño original y el gameto masculino tiene que proveerse, de una cola vibrátil que le permita llegar al óvulo, penetrar en él y mezclar y unificar los dos núcleos, sumándose las dos mitades cromosómicas de cada núcleo para completar el número exacto de cromosomas que corresponden a la especie humana.

Esa primera célula de un nuevo ser, se llama cigoto y en su núcleo mixto contiene los cromosomas del varón y de la mujer, así como los de sus respectivos ascendientes que no hayan sido eliminados en la maduración. Las combinaciones pueden ser infinitas y debido a ellas, no hay dos individuos exactamente iguales, sino que la Humanidad va

mejorando, en todos los sentidos. Lo lógico, lo normal es que la Naturaleza vaya eliminando los peores genes, los que menos interese conservar. La diferencia entre el hombre primitivo y el actual, es enorme y muchas cosas corrientes en la vida moderna ni siquiera se atrevieron a imaginarlas nuestros antepasados lejanos. Pero la ciencia humana tiene un límite. Desde la mítica Torre de Babel, el hombre debió comprender que no puede hacer todo lo que se proponga, que aún en el siglo XXI hay cosas imposibles que el hombre no puede todavía hacer y que vale la pena saber primero cómo se hacen solas, espontáneamente y calibrar si el ser humano puede hacerlas mejor o no, porque para hacerlas peor, para complicarlas, vale más dejarlas como están. El nacimiento del ser humano, en el fondo es muy sencillo, pero depende de muchos factores. En primer lugar, los dos portadores de gametos tienen que haber llegado a su completo desarrollo y es deseable que estén sanos, libres de vicios o taras, porque a partir de ese material genético se va a formar otro individuo. Para formar el cigoto es condición indispensable que se unan íntimamente, que se amalgamen, formando una sola célula, un óvulo y un espermatozoide. En la reproducción vivípara no sirven dos gametos iguales. Se pueden cruzar, hasta un cierto límite, razas diferentes, pero no se puede lograr una primera célula de otro ser con dos óvulos o dos espermatozoos.

Esa es una ley natural que no tenemos más remedio que aceptar. Pensándolo bien, creo que está dispuesto así a propósito para que el nuevo ser tenga a su disposición dos personas diferentes, física y mentalmente, quizá porque en la vida va a necesitar de los dos. Teóricamente, al coito se llega, entre los animales, por instinto y entre los humanos por amor. Las hembras de los cuadrúpedos no se dejan cubrir por el macho si no están en celo. Yo aprendí mucho sobre la reproducción vivípara y sobre el parto de la gata de casa de mis padres, "Mariposa", la cual arrancó un día el rabo al gato, de un mordisco porque no le apetecía quedarse preñada. Entre los animales vivíparos siempre hay un cortejo previo a la fecundación y, naturalmente, en la especie humana debería haberlo. Es verdad que, en el transcurso de la Historia, las mujeres no han podido siempre elegir el padre de sus hijos, pero en la época moderna, en los países civilizados, lo hacíamos la mayoría de las mujeres que deseábamos un hijo, no de cualquiera, sino de aquel al que amábamos, precisamente porque deseábamos que tuviera las cualidades que nos habían llamado la atención, que nos habían hecho enamorarnos de ese hombre y queríamos tener un hijo como él.

En el amor humano creo que hay un gran porcentaje de admiración, que se empieza por amar lo que gusta, lo que seduce, que poco a poco, a veces sin querer, se va uno haciendo a la idea de apoderarse de aquello que admiramos. El conocido pasa a ser amigo, el amigo, a acompañante, el acompañante, a novio, el novio a prometido esposo y futuro padre de nuestros hijos. Naturalmente, este proceso clásico tiene sus alternativas, depende de muchos factores y es, por lo tanto, muy variable y no exento de sorpresas, pero en el fondo, al menos de una parte, hay el deseo de estar "para siempre" cerca del ser amado y cuando ya creemos que lo hemos conseguido, porque vivimos,

comemos y dormimos en él, su familia y sus amistades nos admiten a su lado o nos toleran, las mujeres, lo sé por propia experiencia, si estamos verdaderamente enamoradas, aún queremos tenerle más nuestro, más para siempre, queremos tener un hijo que sea como él, en el que las diferencias sean disculpables y debidas a la influencia que hayan tenido nuestros propios genes en la confección del hijo.

Las mujeres empezamos a amar al hijo mucho antes de que nazca, le empezamos a amar pensando que ese hijo va a ser como es su padre y nos va a amar como su padre nos ama. Un recién nacido es siempre, o casi siempre, el fruto de un amor y por eso, merece ser tratado con todo respeto. A mí me costaba mucho trabajo asistir al parto a una mujer abandonada, maltratada, sola, por las razones que fuera. No sabía cómo comportarme, ni de qué hablar con ella. Tampoco podía fingir que ignoraba su situación, aunque la supiera y tratarla en el parto como a las demás, porque cada parto y cada mujer son diferentes. La única cosa igual en todos los partos es la alegría que proporciona ver nacer un niño vivo y sano, contemplar unos ojitos puros, inocentes que parece que preguntan si les van a dejar vivir, como si dudaran de que van a poder hacerlo. Aquellas primeras miradas me hacían olvidar al instante, las noches sin dormir, los días sin comer, las caminatas, las múltiples preocupaciones que acarrea el parto, cuando no había fábricas de partos, cuando cada parto era un acontecimiento importantísimo para todos y la responsable era, en primer lugar, una humilde matrona. Eso sí, con los debidos conocimientos de ética y de obstetricia como para poder serlo airoosamente, como muchas colegas mías que fueron honra de una hermosa profesión, desgraciadamente en peligro de extinción y muy diversa de lo que fue tradicionalmente, como consecuencia de que la propia mujer tampoco es la de antes.

El nacimiento ha perdido su categoría de grato acontecimiento familiar con la que fue calificado durante milenios, pero, a pesar de los esfuerzos realizados para ello, tampoco ha sido aceptado universalmente como una peligrosa enfermedad que se debería evitar y buscar otro sistema para la indispensable repoblación de nuestro planeta. Acaso no sea lo más importante en el nacimiento de seres humanos, la posible escasez futura de soldados para las guerras y trabajadores para la agricultura y la industria, sino ese "no se sabe qué!" que ha hecho sonreír a millones y millones de púerperas, contemplando extasiadas, la carita de su bebé, olvidando, de golpe sufrimientos, preocupaciones y dolores. No es cierto que cada recién nacido "traiga un pan debajo del brazo", sino todo lo contrario. Conforme las especies vivíparas han ido progresando, el parto y la atención de la prole se han ido haciendo más difíciles y complicados, lo cual no deja de ser una paradoja. En la especie humana, la más evolucionada de entre los animales vivíparos se ha llegado a tal extremo de que la mujer renuncie, de buen grado u obligada por las circunstancias a concluir personalmente una función fisiológica normal para la que, normalmente, dispone del aparato y del sistema adecuados, precisamente en la etapa más breve, más fácil y más gratificante de todo el proceso.

Es chocante que no sea capaz de parir por sí sola una mujer en plena edad fértil, capaz de ovular, de concebir y de alojar en su útero y nutrir con su sangre, a través del sistema placentario, durante 280 días, es decir, hasta su desarrollo completo a un embrión humano. Se admite que la mujer es un ser semejante al varón, aunque no exactamente igual a él. En todos los seres vivos existe un diformismo sexual debido al cual, a simple vista se aprecian diferencias, como la existencia o no de algunos órganos que hacen que los dos sexos sean complementarios en la importante tarea de la reproducción. Ambos sexos tienen órganos, tejidos y vísceras semejantes, cuando se trata de llevar a cabo las funciones vitales. Nadie admitiría que la mujer sana no fuera capaz de respirar, de digerir, de caminar, de pensar, de hablar, de moverse, igual que lo hace el hombre y en las mismas condiciones. Las funciones fisiológicas se llevan a cabo por completo, desde el principio al final, ninguna se queda sin acabar. El bolo alimenticio en el que la masticación convierte los alimentos, el estómago se encarga, gracias a la digestión de convertirlo en quilo, para que los nutrientes puedan pasar a la sangre a través del intestino delgado, mientras el grueso se encarga de recoger los desechos y depositarlos en el recto, para su evacuación por el ano. Normalmente la digestión se efectúa así, tanto si comemos en casa, en el trabajo, en un restaurante o en un convite y, desde luego hombres y mujeres hacen la digestión completamente y de forma semejante porque sus aparatos digestivos son muy parecidos. Claro que hay empachos, cortes de digestión, diarreas, estreñimientos, etc. Pero no dependen del sexo, sino de diversos motivos que suelen ser analizados y explicados.

En cambio, no hay ninguna explicación de por qué una embarazada sana no pueda dar a luz, en su casa o donde quiera, en las mismas condiciones exactas en que realizar sus otras funciones fisiológicas. Se comprende que el varón no pueda concebir, parir ni amamantar porque no posee órganos adecuados para ello, pues su misión es otra. Pero la misión principal de la mujer, debe ser parir, cuando todas nacemos con un aparato genital, especialmente preparado para tal fin. Mi opinión es que la mayor complicación del parto consiste en la ignorancia supina de lo que es, de en qué consiste el nacimiento que, hablando de sus derechos, el primero de todos sería saber que pasa en el organismo de la mujer que tiene un hijo, qué es lo natural que pase, si se puede o se debe intervenir activamente en el parto, como intervenimos en las demás funciones de la vida. Nadie discute el derecho de la mujer a abrir ventanas y balcones para ventilar su casa y ella lo hace pensando que así el aire será más sano y ella y los suyos respirarán mejor, ni que ponga las legumbres a remojo y cueza las verduras al vapor. Desde tiempo inmemorial el ser humano ha estudiado la forma de hacer más fáciles y agradables las funciones necesarias y la mujer ha tenido un papel muy destacado en esta tarea de facilitar las cosas. No hay ninguna razón física ni moral para relegar a la mujer al papel de materia inerte, de ser ignorante e incapaz en una función fisiológica que la atañe directamente, que es ella, personal y espontáneamente quien debe llevarla a cabo, que nadie puede hacerlo mejor que ella que nació preparada aposta para eso.

Es vergonzoso que en el Siglo XXI, las mujeres no sepan lo que es el parto, cómo y por qué se pare y la mejor, más fácil y más agradable forma de hacerlo, que todavía haya ginecólogos piensen que "las mujeres no tienen que saber nada de nada, porque para eso ya estamos nosotros. (sic) No sé si "nosotros" se refería a los ginecólogos o a los varones. No hay ninguna razón para que se incapacite a todas las mujeres como paridoras naturalmente, de que se asista el parto como si fuera una enfermedad, por ginecólogos, esto es, por médicos especialistas en enfermedades femeninas y enfermeros, a los que denomina matronas sin que exista una Escuela y una especialización, en hospitales genéricos. Tampoco la hay para la desaparición de las profesiones especialmente dedicadas al parto. Las profesiones de tocólogo y matrona, ni la de desaparición de las Maternidades, convirtiendo el parto en lo que no es: una enfermedad. Lo menos que podemos exigir, madres y bebés, es que se nos expliquen las razones de tal cambio, que no se nos trate como subnormales, incapaces de obrar como seres inteligentes, que no se digan más mentiras, sobre asunto tan serio.